

Y diríase que á veces la fortuna acecha con ojo avizor el último día de nuestra vida para mostrar su poder de echar por tierra en un momento lo que había edificado en dilatados años, haciéndonos exclamar con Laberio :

Nimirum ac die
Una plus vixi mihi, quam vivendum fuit ¹.

Así es que, debemos hacernos cargo de la advertencia de Solón, con tanta más razón, cuanto que se trata de un filósofo para cuya secta los bienes y los males de la fortuna son indistintos y casi indiferentes. Encuentro natural que Solón mirase al porvenir y dijese que aun la misma dicha humana que depende de la tranquilidad y contentamiento de un espíritu bien nacido y de la resolución y seguridad de un alma bien ordenada, no se suponga nunca en ningún hombre hasta que no se le haya visto representar el último acto de la comedia, sin duda el más difícil. Puede en todo lo demás haber apariencias y simulaciones. O bien los bellos discursos que la filosofía nos suministra no los aplicamos más que por bien parecer; ó los múltiples accidentes de la humana existencia no nos llegan á lo vivo, y consienten que mantengamos nuestro rostro tranquilo; pero en el último papel que en la vida desempeñamos, cuando la hora de la muerte nos es llegada, nada hay que disimular, preciso es hablar claro, preciso es mostrar lo que hay de bueno y de concreto en el fondo de nuestra alma.

Nam veræ voces tum demum pectore ab imo
Ejiciuntur; et eripitur persona manet res ².

He aquí por qué se deben en este último momento probar y experimentar todas las demás acciones de nuestra vida: aquél es el día magno, el día juez de todos los demás, el día, dice un escritor antiguo, que debe juzgar todos mis pasados años. Yo remito á la muerte toda la experiencia de mis estudios: entonces veremos si mis discursos salen de la boca ó del corazón. He visto muchas gentes á quienes la muerte ha dado reputación en bien ó en mal á toda su vida pasada. Escipión, suegro de Pompeyo, se rehabilitó por su buena muerte de la mala opinión que por su vida había merecido. Preguntado Epaminondas si se consideraba como más feliz que Cabrias é Ificrates, respondió que para dar una contestación justa precisaba que los tres hubieran sucumbido. En efecto, mucho habría que descontar á quien juzgara sin tener presente el honor y grandeza de su fin.

Dios lo ha querido así, mas en mi tiempo han muerto tres hombres execrables, de vida abominable é infame y los tres

1. ¡Ay! yo he vivido un día de más, que no hubiera debido vivir. MACROBIO, *Saturales*, II, 7.

2. Porque entonces la necesidad arranca palabras sinceras de nuestros pechos; entonces la máscara cae y el hombre solo aparece. LUCRECIO, III, 57.

acabaron sus días de una manera plácida y ordenada, casi perfecta. Hay muertes valerosas y afortunadas: he visto cortarse el hilo de una existencia, cuyos progresos maravillosos avanzaban sin cesar, en la flor de su crecimiento; alguien cuyos designios, según mi manera de ver, no podían ser interrumpidos; cumpliase su voluntad, en cuanto pretendía, en mayor grado todavía de lo que sus esperanzas deseaban, y sobrepasó con su muerte el poder y renombre á que por sus acciones con su vida aspirara. Al juzgar de la vida de mis semejantes miro siempre cuál ha sido su fin, y una de las cosas que más me interesan en la mía es que aquél se deslice de una manera tranquila y sosegada.

CAPÍTULO XIX

QUE FILOSOFAR ES PREPARARSE Á MORIR

Dice Cicerón que filosofar no es otra cosa que disponerse á la muerte. Tan verdadero es este principio que el estudio y la contemplación parece que alejan nuestra alma de nosotros y la dan trabajo independiente de la materia, tomando en cierto modo un aprendizaje y semejanza de la muerte; ó en otros términos, toda la sabiduría y razonamientos del mundo se concentran en un punto: el de enseñarnos á no tener miedo de morir. En verdad, ó nuestra razón nos burla, ó no debe encaminarse sino á nuestro contentamiento, y todo su trabajo tender en conclusión á guiarnos al buen vivir y á nuestra íntima satisfacción, como dice la Sagrada Escritura. Todas las opiniones del mundo convienen en ello: el placer es nuestro fin, aunque las demostraciones que lo prueban vayan por distintos caminos. Si de otra manera ocurriese, se las desdeñaría desde luego, pues ¿quién pararía mientes en el que afirmara que el designio que debemos perseguir es el dolor y la malandanza? Las disensiones entre las diversas sectas de filósofos en este punto son sólo aparentes; *transcurramus solertissimas nugæ*¹; hay en ellas más tesón y falta de buena fe de las que deben existir en una profesión tan santa; mas sea cual fuere el personaje que el hombre pinte, siempre se hallarán en el retrato las huellas del pintor.

Cualesquiera que sean las ideas de los filósofos, aun en lo tocante á la virtud misma², el último fin de nuestra vida es el deleite. Pláceme hacer resonar en sus oídos esta palabra que les es tan desagradable, y que significa el placer supremo y excesivo contentamiento, cuya causa emana más

1. No nos detengamos en esas fugaces bagatelas. SENECA, *Epist.* 117.

2. Montaigne emplea casi siempre la palabra virtud en la acepción latina, más amplia y comprensiva que la actual; lo mismo expresa con ella la fuerza, vigor y valor, que la integridad de ánimo y bondad de vida.

bien del auxilio de la virtud que de ninguna otra ayuda. Tal voluptuosidad por ser más vigorosa, nerviosa, robusta, viril, no deja de ser menos seriamente voluptuosa, y debemos darle el nombre de placer, que es más adecuado, dulce y natural, no el de vigor, de donde hemos sacado el nombre. La otra voluptuosidad, más baja, si mereciese aquel hermoso calificativo debiere aplicársele en concurrencia, no como privilegio: encuéntrala yo menos pura de molestias y dificultades que la virtud, y además la satisfacción que acarrea es más momentánea, fluida y caduca; la acompañan vigiliias y trabajos, el sudor y la sangre, y estas pasiones en tantos modos devastadoras, producen saciedad tan grande que equivale á la penitencia. Nos equivocamos grandemente al pensar que semejantes quebrantos agujonean y sirven de condimento á su dulzura (como en la naturaleza, lo contrario se vivifica por su contrario); y también al asegurar cuando volvemos á la virtud que parecidos actos la hacen austera é inaccesible, allí donde mucho más propiamente que á la voluptuosidad ennoblecen, agujonean y realzan el placer divino y perfecto que nos proporciona. Es indigno de la virtud quien examina y contrapesa su coste según el fruto, y desconoce su uso y sus gracias. Los que nos instruyen diciéndonos que su adquisición es escabrosa y laboriosa y su goce placentero, ¿qué nos prueban con ello sino que es siempre desagradable? porque, ¿qué medio humano alcanza nunca al goce absoluto? Los más perfectos se conforman bien de su grado con aproximarse á la virtud sin poseerla. Pero se equivocan en atención á que de todos los placeres que conocemos el propio intento de alcanzarlos es agradable: la empresa participa de la calidad de la cosa que se persigue, pues es una buena parte del fin y consustancial con él. La beatitud y bienandanza que resplandecen en la virtud iluminan todo cuanto á ella pertenece y rodea, desde la entrada primera, hasta la más apartada barrera.

Es, pues, una de las principales ventajas que la virtud proporciona el menosprecio de la muerte, el cual provee nuestra vida de una dulce tranquilidad y nos suministra un gusto puro y amigable, sin que ninguna otra voluptuosidad sea extinta. He aquí por qué todas las máximas convienen en este respecto; y aunque nos conduzcan de un común acuerdo á desdeñar el dolor, la pobreza y las otras miserias á que la vida humana está sujeta, esto no es tan importante como el ser indiferentes á la muerte, así porque esos accidentes no pesan sobre todos (la mayor parte de los hombres pasan su vida sin experimentar la pobreza, y otros sin dolor ni enfermedad, tal Xenófilo el músico, que vivió ciento seis años en cabal salud), como porque la muerte puede ponerlas fin cuando nos plazca, y cortar el hilo de todas nuestras desdichas. Mas la muerte es inevitable:

Omnes eodem cogimur; omnium
Versatur urna serius, ocius,
Sors exitura, et nos in æternum
Exsilium impositura cymbæ¹:

y por consiguiente si pone miedo en nuestro pecho, es una causa continua de tormento, que de ningún modo puede aliviarse. No hay lugar de donde no nos venga; podemos volver la cabeza aquí y allá como si nos encontráramos en un lugar sospechoso: *quæ quasi saxum Tantalus, semper impendit*². Con frecuencia nuestros parlamentos mandan ejecutar á los criminales al lugar donde el crimen se cometió; durante el camino hacédes pasar por hermosas casas, dispensadles tantos agasajos como os plazca,

Non Siculæ dapes
Dulcem elaborahunt saporem;
Non avium citharæque cantus
Somnum reducent³:

¿pensáis acaso que en ello recibirán satisfacción, y que el designio final del viaje, teniéndolo fijo en el pensamiento, no les haya trastornado el gusto de toda comodidad?

Audit iter, numeratque dies, spatioque viarum
Metitur vitam; torquetur peste futura⁴.

La muerte es el fin de nuestra carrera; el objeto necesario de nuestras miras: si nos causa horror, ¿cómo es posible dar siquiera un paso adelante sin fiebre ni tormentos? El remedio del vulgo es no pensar en ella, ¿mas de qué brutal estupidez puede provenir una tan grosera cegueta? Preciso le es hacer embridar al asno por el rabo:

Qui capite ipse suo instituit vestigia retro⁵.

No es maravilla si con frecuencia tal es atrapado en la red. Sólo con nombrar la muerte se asusta á ciertas gentes, y la mayor parte se persignan cual si oyeran el nombre del diablo. Por eso nadie pone mano en su testamento hasta que el médico le desautica; entonces Dios sabe, entre el horror y el dolor de la enfermedad de qué lucidez de juicio disponen los que testan.

Porque esta palabra heria con extremada rudeza los oídos de los romanos, teniéndola como de mal agüero, solían

1. Todos estamos obligados á llegar al mismo término; la suerte de cada uno de nosotros se encuentra en la urna para salir de ella tarde ó temprano y hacernos pasar de la barca fatal al destierro eterno. HORACIO, *Od.* II, 3, 25.

2. Es siempre amenazadora, como la roca de Tántalo. CICERÓN, *de Finibus*, I, 18.

3. Ni los platos de Sicilia podrán despertar su paladar; ni los cánticos de las aves, ni los acordes de la lira podrán tampoco devolverle el sueño. HORACIO, *Od.*, III, 1, 18.

4. Preocúpase del camino, cuenta los días y mide su vida por la extensión de la ruta, vive sin cesar atormentado por la idea del suplicio que le espera. CLAUDIANO, *in Ruf.* II, 137.

5. Puesto que en su torpeza quiere avanzar echándose atrás. LUCRECIO IV, 474.

ablandarla y expresarla con perifrasis : en vez de decir ha muerto, decían ha cesado de vivir, vivió; con que se pronunciara la palabra vida, aunque ésta fuera pasada, se consolaban. Hemos tomado nuestro *difunto señor Juan* de esa costumbre romana. Como se dice ordinariamente, la palabreja vale cualquier cosa. Yo nací entre once y doce de la mañana, el último día de febrero de mil quinientos treinta y tres, conforme al cómputo actual que hace comenzar el año en enero. Hace quince días que pasé de los treinta y nueve años, y puedo vivir todavía otro tanto. Sin embargo, dejar de pensar en cosa tan lejana sería locura. ¡Pues qué! á jóvenes y viejos ¿no sorprende la muerte de igual modo? A todos los atrapa como si acabaran de nacer; además no hay ningún hombre por decrepito que sea, que acordándose de Matusalén no piense tener por lo menos todavía veinte años en el cuerpo. Pero, ¡oh pobre loco! ¿quién ha fijado el término de tu vida? ¿Acaso te fundas para creer que sea larga, en el dictamen de los médicos? Más te valiera fijarte en la experiencia diaria. A juzgar por la marcha común de las cosas, tú vives por gracia extraordinaria; has pasado ya los términos acostumbrados del vivir. Y para que te persuadas de que así es la verdad, pasa revista entre tus conocimientos, y verás cuántos han muerto antes de llegar á tu edad; muchos más de los que la han alcanzado, sin duda. Y de los que han ennoblecido su vida con el lustre de sus acciones, toma nota, y yo apuesto á que hallarás muchos más que murieron antes que después de los treinta y cinco años. Es bien razonable y piadoso tomar ejemplo de la humanidad misma de Jesucristo, que acabó su vida á los treinta y tres años. El hombre más grande, pero que fué sólo hombre, Alejandro, no alcanzó tampoco mayor edad. ¡Cuántos medios de sorprendernos tiene la muerte!

Quid quisque vitet, numquam homini satis
Cautum est in horas ¹.

Dejando á un lado las calenturas y pleuresias, ¿quién hubiese jamás pensado que todo un duque de Bretaña hubiera de ser ahogado por la multitud como lo fué éste á la entrada del papa Clemente, mi paisano, en Lyon? ¿No has visto sucumbir en un torneo á uno de nuestros reyes, en medio de fiestas y regocijos? Y uno de sus antepasados, ¿no murió de un encontrón con un cerdo? Amenazado Esquilo de que una casa se desplomaría sobre él, para nada le sirvió la precaución ni el estar alerta, pues pereció del golpe de una tortuga que en el aire se había desprendido de las garras de un águila; otro halló la muerte atrave-

1. El hombre no puede prever nunca, por avisado que sea, el peligro que le amenaza á cada instante. HORACIO, *Od.*, II, 13, 13.

sando el grano de una pasa; un emperador con el arañazo de un peine, estando en su tocador; Emilio Lépido por haber tropezado en el umbral de la puerta de su casa; Aufidio por haber chocado al entrar contra la puerta de la cámara del Consejo; y hallándose entre los muslos de mujeres, Cornelio Galo, pretor; Tigilino, capitán del Gueto en Roma; Ludovico, hijo de Guido de Gonzaga, marqués de Mantua. Más indigno es que acabaran del mismo modo Speusipo, filósofo platónico, y uno de nuestros pontífices. El infeliz Bebis, juez, mientras concedía el plazo de ocho días en una causa, expiró repentinamente; Cayo Julio, médico, dando una untura en los ojos de un enfermo vió cerrarse los suyos, y en fin, si bien se me consiente citaré á un hermano mío, el capitán San Martín, de edad de veintitrés años, que había dado ya testimonio de su valer: jugando á la pelota recibió un golpe que le dió en la parte superior del oído derecho, y como le dejó sin apariencia alguna de contusión ni herida, no tomó precaución de ningún género, pero cinco ó seis horas después murió á causa de una apoplejía que le ocasionó el accidente.

Con estos ejemplos tan ordinarios y frecuentes, que pasan á diario ante nuestros ojos, ¿cómo es posible que podamos desligarnos del pensamiento de la muerte y que á cada momento no se nos figure que nos atrapa por el pescuezo? ¿Qué importa, me diréis, que ocurra lo que quiera con tal de que no se sufra aguardándola? También yo soy de este parecer, y de cualquier suerte que uno pueda ponerse al resguardo de los males, aunque sea dentro de la piel de una vaca, yo no repararía ni retrocedería, pues me basta vivir á mis anchas y procuro darme el mayor número de satisfacciones posible, por poca gloria ni ejemplar conducta que con ello muestre:

Prætulerim... delirus inersque videri,
Dum mea delectent mala me, vel denique fallant,
Quam sapere, et ringi ¹.

Pero es locura pensar por tal medio en rehuir la idea de la muerte. Unos vienen, otros van, otros trotan, danzan otros, mas de la muerte nadie habla. Todo esto es muy hermoso, pero cuando el momento les llega, á sí propios, ó á sus mujeres, hijos ó amigos, les sorprende y los coge de súbito y al descubierto. ¡Y qué tormentos, qué gritos, qué rabia y qué desesperación les dominan! ¿Visteis alguna vez nada tan abatido, cambiado ni confuso? Necesario es ser previsor. Aun cuando tan estúpida despreocupación pudiese alojarse en la cabeza de un hombre de entendimiento, lo cual tengo por imposible, bien cara nos cuesta luego. Si

1. Consiento en pasar por loco ó por inerte, siempre que el error me sea grato, ó que yo no lo advierta, mejor que ser avisado y padecer con mi sapiencia. HORACIO, *Epistolas*, II, 2, 126.

fuera enemigo que pudiéramos evitar, yo aconsejaría tomar armas de la cobardía, pero como no se puede, puesto que nos atrapa igual al poltrón y huído que al valiente y temerario,

Nempe et fugacem persequitur virum;
Nec parit imbellis inventæ
Poplitibus timidoque tergo ¹,

y ninguna coraza nos resguarda, sea cual fuere su temple,

Ille licet ferro cantus se condat et ære,
Mors tamen inclusum protrahet inde caput ².

sepamos aguardarla á pie firme, sepamos combatirla, y para empezar á despojarla de su principal ventaja contra nosotros, sigamos el camino opuesto al ordinario; quitémosle la extrañeza, habituémonos, acostumbremos á ella. No pensemos en nada con más frecuencia que en la muerte; en todos los instantes tengámosla fija en la mente, y veámosla en todos los rostros; al ver tropezar un caballo, cuando se desprende una teja de lo alto, al más leve pinchazo de alfiler, digamos y redigamos constantemente, todos los instantes: « Nada me importa que sea éste el momento de mi muerte. » En medio de las fiestas y alegrías tengamos presente siempre esta idea del recuerdo de nuestra condición; no dejemos que el placer nos domine ni se apodere de nosotros hasta el punto de olvidar de cuántas suertes nuestra alegría se aproxima á la muerte y de cuán diversos modos estamos amenazados por ella. Así hacían los egipcios, que en medio de sus festines y en lo mejor de sus banquetes contemplaban un esqueleto para que sirviese de advertencia á los convidados :

Omnem crede diem tibi diluxisse supremum:
Grata superveniet, quæ non sperabitur, hora ³.

No sabemos dónde la muerte nos espera; aguardémosla en todas partes. La premeditación de la muerte es premeditación de libertad; quien ha aprendido á morir olvida la servidumbre; no hay mal posible en la vida para aquel que ha comprendido bien que la privación de la misma no es un mal: saber morir nos libra de toda sujeción y obligación. Paulo Emilio respondió al emisario que le envió su prisionero el rey de Macedonia para rogar que no le condujera en su triunfo: « Que se haga la súplica á sí mismo. »

A la verdad en todas las cosas, si la naturaleza no viene en ayuda, es difícil que ni el arte ni el ingenio las hagan

1. Persigue al que huye, y castiga sin piedad al cobarde que vuelve la espalda. HORACIO, *Od.* III, 18, 25.

2. Es inútil que os cubráis de hierro y bronce; la muerte os atajará bajo vuestra armadura. PROPERCIO, III, 18, 25.

3. Imagina que cada día es el último que para ti alumbra, y agradecerás al amanecer que ya no esperabas. HORACIO, *Epist.* I, 4, 13.

prosperar. Yo no soy melancólico, sino soñador. Nada hay de que me haya ocupado tanto en toda ocasión como de pensar en la muerte, aun en la época más licenciosa de mi edad :

Jucundum quum ætas florida verageret ¹.

Hallándome entre las damas y en medio de diversiones y juegos, alguien creía que mi duelo era ocasionado por la pasión de los celos, ó por alguna esperanza defraudada; sin embargo, en lo que pensaba yo era en alguno que habiendo sido atacado los días precedentes de unas calenturas, al salir de una fiesta parecida á la en que yo me encontraba, con la cabeza llena de ilusiones y el espíritu de contento, murió rápidamente, y á mi memoria venía aquel verso de Lucrecio :

Jam fuerit, nec post unquam revocare licebit ².

Ni éste ni ningún otro pensamiento ponían el espanto en mi ánimo. Es imposible que al principio no sintamos ideas tristes; pero insistiendo sobre ellas y volviendo á insistir, se familiariza uno sin duda; de otro modo, y por lo que á mi toca, hallárame constantemente en continuo horror y frenesí, pues jamás hombre alguno estuvo tan inseguro de su vida; jamás ningún hombre tuvo menos seguridad de la duración de la suya. Ni la salud que he gozado hasta hoy, vigorosa y en pocas ocasiones alterada, prolonga mi esperanza, ni las enfermedades la acortan: figurásemme á cada momento que escapo á un gran peligro, y sin cesar me repito: « Lo que puede acontecer mañana, puede muy bien ocurrir dentro de un momento ». Los peligros, riesgos y azares nos acercan poco ó nada á nuestro fin, y si consideramos cuántos accidentes pueden sobrevenir, además del que parece ser el que nos amenaza con mayor insistencia, cuántos, millones de otros pesan sobre nuestras cabezas, halláremos que nos siguen lo mismo en la mar que en nuestras casas, en la batalla que en el reposo, frescos que calenturientos: cerca está de nosotros en todas partes: *Nemo altero fragilior est; nemo in crastinum sui certior* ³. Lo que he de ejecutar en vida me apresuro á rematarlo; todo plazo se me antoja largo, hasta el de una hora.

Alguien hojeando el otro día mis apuntes encontró una nota de algo que yo quería que se ejecutara después de mi muerte; yo le dije, como era la verdad, que hallándome cuando la escribí á una legua de mi domicilio, sano y vigoroso, habíame apresurado á asentarla, porque no tenía la certeza de llegar hasta mi casa. Ahora en todo

1. Cuando mi edad florida gozaba su alegre primavera. CATULO, *LXVIII*, 16.

2. Muy pronto el tiempo presente desaparecerá y ya no podremos evocarlo. LUCRECIO, III, 928.

3. Ningún hombre es más frágil que los demás; ninguno tampoco está más seguro del día siguiente. SÉNECA, *Epist.*, 91.

momento me encuentro preparado, y la llegada de la muerte no me sorprenderá, ni me enseñará nada nuevo. Es preciso estar siempre calzado y presto á partir, tanto como de nosotros dependa, y sobre todo guardar todas las fuerzas de la propia alma para el caso :

Quid brevi fortes jaculamur ævo
Multa ¹ ?

de todas habremos menester para tal trance. Uno se queja más que de la muerte por que le interrumpe la marcha de una hermosa victoria; otro por que le es preciso largarse antes de haber casado á su hija ó acabado la educación de sus hijos; otro lamenta la separación de su mujer, otro la de su hijo, como comodidades principales de su vida. Tan preparado me encuentro, á Dios gracias, para la hora final, que puedo partir cuando al Señor le plazca, sin dejar por acá sentimiento de cosa alguna. De todo procuro desligarme. Jamás hombre alguno se dispuso á abandonar la vida con mayor calma, ni se desprendió de todo lazo como yo espero hacerlo. Los muertos más muertos son los que no piensan en el último viaje :

... Miser ! o miser (aiunt) ! omnia ademit
Una dies infesta mihi tot præmia vitæ ² ;

y el constructor dice :

Manent opera interrupta, minæque
Murorum ingentes ³.

Preciso es no emprender nada de larga duración, ó de emprenderlo apresurarse á darle fin. Vinimos á la tierra para las obras y la labor :

Quum moriar, medium solvar et inter opus ⁴.

Soy partidario de que se trabaje y de que se prolonguen los oficios de la vida humana tanto como se pueda, y deseo que la muerte me encuentre plantando mis coles, pero sin temerla, y menos todavía siento dejar mi huerto defectuoso. He visto morir á un hombre que en los últimos momentos se quejaba sin cesar de que su destino cortase el hilo de la historia que tenía entre manos, del quince ó diez y seis de nuestros reyes :

1. ¿Por qué en una existencia tan corta formar tan vastos proyectos ? HORACIO, *Od.*, II, 16, 17.

2. ¡Ay, infeliz de mí exclaman; un solo día, un instante fatal me roba todas las recompensas de la vida. LUCRECIO, III, 911.

3. Partiré con el dolor de dejar sin acabar mis edificios suntuosos. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 88.

4. Quiero que la muerte me sorprenda en medio de mis trabajos. OVID., *Amor.*, II, 10, 36.

Illud in his rebus non addunt : Nec tibi earum
Jam desiderium rerum suber insidet una ¹.

Es preciso desprenderse de tales preocupaciones, que sobre vulgares son perjudiciales. Así como los cementerios han sido puestos junto á las iglesias y otros sitios los más frecuentados de la ciudad, para acostumar, decía Licurgo, al bajo pueblo, las mujeres y los niños, á no asustarse cuando ven á un hombre muerto, y á fin de que el continuo espectáculo de los osarios, sepulcros y convoyes funerarios sea saludable advertencia de nuestra condición :

Quin etiam exhilarare viris convivio cædo
Mos olim, et miscere epulis spectacula dira
Certantum ferro, sæpe et super ipsa cadentum
Pocula, respersis non parco sanguino mensis ²;

y como los egipcios, después de sus festines, mostraban á los invitados una imagen de la muerte por uno que gritaba : « Bebe, y... alégrate, pues cuando mueras serás lo mismo », así tengo yo la costumbre, así tengo yo por hábito guardar, no sólo en la mente, sino en los labios, la idea y la expresión de la muerte. Y nada hay de que me informe con tanta solícitud como de la de los hombres : « qué palabra pronunciaron, qué rostro pusieron, qué actitud presentaron », ni pasaje de los libros en que me fije con más atención; así se verá que en la elección de los ejemplos nuestro predilección grande por esta materia. Si compusiera yo un libro, haría un registro comentado de las diversas suertes de morir. Quien enseñase á los hombres á morir enseñaríalos á vivir. Dicearco compuso una obra de título análogo, mas de diverso y menos útil alcance.

Se me responderá, acaso, que el hecho sobrepuja de tal modo la idea, que no hay medio que valga á atenuar la dureza de nuestro fin. No importa. La premeditación proporcionada sin duda gran ventaja; y además, ¿no es ya bastante llegar al trance con tranquilidad y sin escalofríos? Pero hay más. La propia naturaleza nos da la mano y contribuye á inculcar ánimo en nuestro espíritu; si se trata de una muerte rápida y violenta, el tiempo material nos falta para temerla; si es más larga, advierto que á medida que la enfermedad se apodera de mí voy teniendo en menos la vida. Entiendo que tales pensamientos y resoluciones deben practicarse hallándose en buena salud, y así yo me conduzco, con tanta más razón, cuanto que en mí comienza ya á flaquear el amor á las comodidades y la práctica del placer.

1. No añaden que la muerte aleja de nosotros el pesar de lo que abandonamos. LUCRECIO, III, 913.

2. Antiguamente se acostumbraba á alegrar con homicidios los festines y á poner ante los ojos de los invitados combates horribles de gladiadores; á veces éstos caían en medio de las copas del banquete é inundaban las mesas con su sangre. SILIO ITALICO, XI, 51.

Veo la muerte con mucho menos horror que antes, lo cual me permite esperar que cuanto más viejo sea, más me resignaré á la pérdida de la vida. En muchas circunstancias he tenido ocasión de experimentar la verdad del dicho de César, quien aseguraba que las cosas nos parecen más grandes de lejos que de cerca, y así, en perfecta salud, he tenido más miedo á las enfermedades que cuando las he sufrido. El contento que me domina, el placer y la salud, muéstranme el estado contrario tan distinto, que mi fantasía abulta por lo menos el mal, el cual creo más duro estando sano que pesando sobre mí. Espero que lo propio me acontecerá con la muerte.

Estas mutaciones y ordinarias alternativas nos muestran cómo la naturaleza nos hace apartar la vista de nuestra pérdida y empeoramiento. ¿Qué le queda á un viejo del vigor de su juventud y de su existencia pasadas?

Heu! senibus vitæ portio quanta manet! 1

Un soldado de la guardia de César, que se hallaba molido y destrozado, pidió al emperador licencia para darse la muerte. César, al contemplar su decrepito aspecto, le contestó ingeniosamente: «¿Acaso crees hallarte vivo?» Mas, guiados por su mano, por una suave y como insensible pendiente, poco á poco, y como por grados, acércanos á aquella miserable situación y nos familiariza con ella de tal modo, que no advertimos ninguna transición violenta cuando nuestra juventud acaba, lo cual es en verdad una muerte más dura que el acabamiento de una vida que languidece, cual es la muerte de la vejez. El tránsito del mal vivir al no vivir, no es tan rudo como el de la edad floreciente á una situación penosa y rodeada de males. Del cuerpo encorvado se aminoraron ya las fuerzas, y lo mismo las del alma; habituémosla á resistir los ataques de la muerte. Pues como es imposible que permanezca en reposo mientras la teme, si logra ganar la calma (cosa como que sobrepuja la humana condición), de ello puede alabarse entonces pues es harto difícil que la inquietud, el tormento y el miedo, ni siquiera la menor molestia se apoderen de ella.

Non vultus instantis tyranni
Mente quatit solida, neque Auster
Dux inquieti turbidus Adriæ,
Nec fulminantis magna Jovis manus 2.

Conviértese en dueña de sus concupiscencias y pasiones, dueña de la indigencia, de la vergüenza, de la pobreza y de

1. ¡Cuán pequeña es la parte que queda á un anciano en el festín de la vida! MAXIMIANO, *vel* PSEUDO-GALLUS, I, 16.

2. Ni la mirada cruel del tirano ni el ábrego furioso que revuelve los mares, nada puede alterar su firmeza, ni siquiera la mano terrible, la mano del tonante Júpiter. HORACIO, *Od.*, III, 3, 3.

todas las demás injurias de la fortuna. Gane quien para ello disponga de fuerzas tal ventaja. Tal es la soberana y verdadera libertad que nos comunica la facultad de reírnos de la fuerza y la injusticia, á la vez que la de burlarnos de los grillos y de las cadenas.

In manibus et
Compedibus, sævo, te sub custode tenebo.
Ipse deus, simul atque volam, me solvet Opinar,
Hoc sentit: Moriar. Mors ultima linea rerum est 1.

Nuestra religión no ha tenido más seguro fundamento humano que el menosprecio de la vida. No sólo el discernimiento natural lo trae á nuestra memoria, sino que es necio que temamos la pérdida de una cosa, la cual estamos incapacitados de sentir después. Y puesto que de tan diversos modos estamos amenazados por la muerte, ¿no es mayor la pena que ocasiona el mal de temerlos todos para librarnos de uno solo? ¿No vale más que venga cuando lo tenga á bien, puesto que es inevitable? Al que anunció á Sócrates que los treinta tiranos le habían condenado á morir, el filósofo contestó que la naturaleza los había condenado á ellos. ¡Qué torpeza la de apenarnos y affigirnos cuando de todo duelo vamos á ser libertados! Como el venir á la vida nos trae al par el nacimiento de todas las cosas, así la muerte hará de todas las cosas nuestra muerte. ¿Á qué cometer la locura de llorar porque de aquí á cien años no viviremos, y por qué no hacer lo propio porque hace cien años no vivíamos? La muerte es el origen de nueva vida; al entrar en la vida lloramos y padecemos nuestra forma anterior; no puede considerarse como doloroso lo que no ocurre más que una sola vez. ¿Es razonable siquiera poner tiempo tan dilatado en cosa de tan corta duración? El mucho vivir y el poco vivir son idénticos ante la muerte, pues ambas cosas no pueden aplicarse á lo que no existe. Aristóteles dice que en el río Hypanis hay animalillos cuya vida no dura más que un día; los que de ellos mueren á las ocho de la mañana acaban jóvenes su existencia, y los que mueren á las cinco de la tarde perecen de decrepitud. ¿Quién de nosotros no tomaría á broma la consideración de la desdicha ó dicha de un momento de tan corta duración? La de nuestra vida, si la comparamos con la eternidad, ó con la de las montañas, ríos, estrechas, árboles y hasta con la de algunos animales, ¿no es menos ridícula?

Mas la propia naturaleza nos obliga á perecer. «Salid, nos dice, de este mundo como en él habéis entrado. El mis-

1. Te cargaré de cadenas en pies y manos, te entregaré á un cruel carcelero. — Algún dios me libertará en el momento que yo quiera. — Ese dios, así lo creo, es la muerte: la muerte es el término de todas las cosas. HORACIO, *Epist.*, I, 16, 76.

mo tránsito que hicisteis de la muerte á la vida, sin pasión y sin horror, hacedlo de nuevo de la vida á la muerte. Vuestro fin es uno de los componentes del orden del universo, es uno de los accidentes de la vida del mundo.

Inter se mortales mutua vivunt,
Et, quasi cursores, vitæ lampada tradunt *.

» ¿Cambiaré yo por vosotros esta hermosa contextura de las cosas? La muerte es la condición de vuestra naturaleza; es una parte de vosotros mismos; os huís á vosotros mismos. La existencia de que gozáis pertenece por mitad á la vida y á la muerte. El día de vuestro nacimiento os encamina así al morir como al vivir.

Prima, quæ vitam dedit, hora, carpsit *.
Nascentes morimur; finisque ab origine pendet *.

» Todo el tiempo que vivís se lo quitáis á la vida: lo vivís á expensas de ella. El continuo quehacer de vuestra existencia es levantar el edificio de la muerte. Os encontráis en la muerte mientras estáis en la vida; pues estáis después de la muerte cuando ya no tenéis vida, ó en otros términos: estáis muertos después de la vida; mas durante la vida estáis muriendo, y la muerte ataca con mayor dureza al moribundo que al muerto, más vivamente y más esencialmente. Si de la vida habéis hecho vuestro provecho, tenéis ya bastante: idos satisfechos.

Cur non ut plenus vitæ conviva recedis *?

» Si no habéis sabido hacer de ella el uso conveniente, si os era inútil, ¿qué os importa haberla perdido? ¿Para qué la queréis todavía?

Cur amplius addere quæris,
Rursum quod pereat male, et ingratum occidat omne *!

» La vida no es, considerada en sí misma, ni un bien ni un mal; es lo uno ó lo otro según vuestras acciones. Si habéis vivido un día lo habéis visto todo: un día es igual á siempre. No hay otra luz ni otra oscuridad distintas. Ese sol, esa luna, esas estrellas, esa armonía de las estaciones es idéntica á la que vuestros abuelos gozaron y contemplaron,

1. Los mortales se prestan la vida por un momento; la vida es la carrera de los juegos sagrados en que la antorcha pasa de mano en mano. LUCRECIO, II, 75, 78.

2. La hora misma en que nacimos disminuye la duración de nuestra vida. SENECA, *Hercul. fur.*, act. 3, coro, V, 874.

3. Nacer es empezar á morir; el último momento de nuestra vida es la concurrencia del primero. MANILIO, *Astronomic.*, IV, 16.

4. ¿Por qué no salís del festín de la vida como de un banquete cuando estáis hartos? LUCRECIO, III, 951.

5. ¿Á qué querer multiplicar los días, que dejaríais perder lo mismo que los anteriores, sin emplearlos mejor?

y la misma que contemplarán nuestros nietos y tataranietos.

Non alium videre patres, aliumve nepotes
Adspicient *.

» La variedad y distribución de todos los actos de mi comedia se desarrollan en un solo año. Si habéis parado vuestra atención en el vaivén de mis cuatro estaciones, habréis visto que comprenden la infancia, adolescencia, virilidad y vejez del mundo: con ello ha hecho su partida; después comienza de nuevo, y siempre acontecerá lo mismo.

Versamur ibidem, atque insumus usque *.
Atque in se sua per vestigia volvitur annus *.

» No reside en mí la facultad de forjaros nuevos pasatiempos:

Nam tibi præterea quod machiner, inveniamque
Quod placeat, nihil est: eadem sunt omnia semper *.

» Dejad á los que vengan el lugar, como los demás os lo dejaron á vosotros. La igualdad es la primera condición de la equidad. ¿Quién puede quejarse de un mal que todos sufren? Es, pues, inútil que viváis; no rebajaréis nada del espacio que os falta para la muerte: para ello todos vuestros esfuerzos son inútiles. Tanto tiempo como permanecéis en ese estado de temor, nada vale ni á nada conduce. Igual da que hubierais muerto cuando estabais en brazos de vuestra nodriza:

In vera nescis nullum fore morte alium te,
Qui possit vivus tibi te lugere peremptum,
Stansque jacentem *?

» Y si á tal estado de ánimo llegarais, no experimentaríais descontento alguno;

Nec sibi enim quisquam tum se, vitamque requirit.

Nec desiderium nostri nos afficit ullum *.

ni desearíais una vida cuya pérdida sentís tanto.

» Es la muerte menos digna de ser temida que nada, si hubiera alguna cosa más insignificante que nada.

1. Vuestros nietos no verán sino lo que vieron vuestros padres. MANILIO, I, 529.

2. El hombre da vueltas constantemente en el círculo que le encierra. LUCRECIO, III, 1093.

3. El año comienza sin cesar de nuevo la ruta que antes ha recorrido. VIRGILIO, *Georgicas*, II, 402.

4. No puedo encontrar nada nuevo ni producir nada nuevo en vuestro favor; eon y serán siempre los mismos placeres. LUCRECIO, III, 898.

5. ¿No sabéis que la muerte no dejará subsistir otro individuo idéntico á vosotros, que pueda gemir ante vuestra agonía y llorar ante vuestro cadáver? LUCRECIO, III, 898.

6. Entonces no nos preocupamos de la vida ni de nuestra persona... entonces no nos queda ningún amargor de la existencia. LUCRECIO, 932, 935.

Multo... mortem minus ad nos esse putandum.
Si minus esse potest, quam quod nihil esse videmus ¹.

» Ni muertos ni vivos debe concernirnos; vivos, porque existimos; muertos, porque ya no existimos. Nadie muere hasta que su hora es llegada: el tiempo que dejáis era tan vuestro ú os pertenecía tanto como el que transcurrió antes de que nacierais, y que tampoco os concierne.

Respice enim, quam nil ad nos anteacta vetustas
Temporis æterni fuerit ².

» Allí donde vuestra vida acaba está toda comprendida. La utilidad del vivir no reside en el tiempo, sino en el uso que de la vida se ha hecho: tal vivió largos días que vivió poco. Esperadla mientras permanecéis en el mundo: de vuestra voluntad pende, no del número de años el que hayáis vivido bastante. ¿Pensáis acaso no llegar al sitio donde marcháis sin cesar? No hay camino que no tenga su salida. Y por si el mal de muchos sirve á aliviaros, sabed que el mundo todo sigue la marcha que vosotros seguís.

... Omnia te, vita perfuncta, sequentur ³.

Todo se estremece al par de vosotros. ¿Hay algo que no envejezca cuando vosotros envejecéis y como vosotros envejecéis? Mil hombres, mil animales y mil otras criaturas mueren en el propio instante que vosotros morís.

Nam nox nulla diem, neque noctem aurora sequuta est,
Quæ non audierit mixtos vagitibus ægris
Ploratus, mortis comites et funeris atrî ⁴.

» ¿Á qué os sirve retroceder? Bastantes habéis visto que se han encontrado bien hallados con la muerte por haber ésta acabado con sus miserias. ¿Mas, habéis visto alguien mal hallado con ella? Gran torpeza es condenar una cosa que no habéis experimentado ni en vosotros ni en los demás. ¿Por qué tú te quejas de mí y del humano destino? Aunque tu edad no sea todavía acabada, tu vida si lo es; un hombrequito es hombre tan completo como un hombre ya formado. No se miden por varas los hombres ni sus vidas. Chirón rechaza la inmortalidad, informado de las condiciones en que se le concede por el dios mismo del tiempo, por Saturno, su padre. Imaginad cuánto más perdurable sería la vida y cuán menos soportable al hombre, y cuanto más penosa de lo que lo es la que yo le he dado. Si la muerte no se hallare al cabo de vuestros días, me maldiciriais sin

1. La frase precedente es la traducción de estos dos versos de Lucrecio, III, 931.

2. Considerad los siglos sin número que nos han precedido; ¿no son esos siglos para nosotros como si no hubieran existido jamás? Lucrecio, III, 985.

3. Las razas futuras van á seguirnos. Lucrecio, III, 981.

4. Jamás la sombra nocturna ni la risueña aurora visitaron la tierra, sin oír á la vez los gritos lastimeros de la infancia en la cuna, y los suspiros del dolor exhalados ante un féretro. Lucrecio, V, 579.

cesar por haberos privado de ella. De intento he mezclado alguna amargura, para impedirlos, en vista de la comodidad de su uso, el abrazarla con demasiada avidez, con indiscreción extremada. Para llevaros á una tal moderación, para que no huyáis de la vida ni tampoco de la muerte que exijo de vosotros, he entreverado la una y la otra de dulzores y amarguras. Enseñé á Thales, el primero de vuestros sabios, que el morir y el vivir eran cosas indiferentes, por eso al que le preguntó por qué no moría, respondióle prudentísimamente: *Porque da lo mismo*. El agua, la tierra, el aire, el fuego y otros componentes de mi edificio, así son instrumentos de tu vida como de tu muerte. ¿Por qué temes tu último día? Tu último día contribuye lo mismo á tu muerte que los anteriores que viviste. El último paso no produce la lasitud, la confirma. Todos los días van á la muerte: el último llega. » Tales son los sanos advertimientos de nuestra madre naturaleza.

Con frecuencia he considerado por qué en las guerras, el semblante de la muerte, ya la veamos en nosotros mismos ya en los demás, nos espanta mucho menos que en nuestras casas (si así no fuera compondríanse los ejércitos de médicos y de llorones); y siendo la muerte lo mismo para todos, he considerado también que la aguardan con mayor resignación las gentes del campo y las de condición humilde que los demás. En verdad creo que todo depende del aparato de horror de que la rodeamos, el cual pone más miedo en nuestro ánimo que la muerte misma; los gritos de las madres, de las mujeres y de los niños; la visita de gentes pasmadas y transidas; la presencia numerosa de criados pálidos y llorosos; una habitación á oscuras; la luz de los blandones; la cabecera de nuestro lecho ocupada por médicos y sacerdotes: en suma, todo es horror y espanto en derredor nuestro: henos ya bajo la tierra. Los niños tienen miedo de sus propios camaradas cuando los ven disfrazados; á nosotros nos acontece lo propio. Preciso es retirar la máscara lo mismo de las cosas que de las personas, y una vez quitada no hallaremos bajo ella á la hora de la muerte nada que pueda horrorizarnos. Feliz el tránsito que no deja lugar á los aprestos de semejante viaje.

CAPÍTULO XX

DE LA FUERZA DE IMAGINACIÓN.

Fortis imaginatio generat casum ¹, dicen las gentes disertas. Yo soy de aquellos á quienes la imaginación avasalla: todos ante su impulso se tambalean, mas algunos dan en

1. Una imaginación robusta engendra por sí misma los acontecimientos.